

1968: la herencia en busca de herederos

(Primera de dos partes)

Carlos Monsiváis

A Gilberto Guevara Niebla

¿Qué le sucede a la sociedad que vive el 68 con la intensidad y la sorpresa que en rigor nunca se apagan? ¿Cuáles son algunas de las consecuencias más visibles del Movimiento Estudiantil y cuáles algunas de las frustraciones perdurables o, si se quiere, generacionales? En el tiempo inmediatamente posterior a la matanza del 2 de octubre, el miedo y la impotencia aplazan o cancelan las claves del fervor militante y alientan la tristeza y la gana de olvido. Sin embargo, y en contra de la costumbre, la memoria histórica, aún no con ese nombre, persiste por varios motivos: las pruebas (los testimonios) de la represión bárbara ordenada desde la Presidencia de la República; la localización del Movimiento en la Ciudad de México; la emoción de los participantes a lo largo de unas semanas que se reelabora por décadas como hazaña a plazos; la sensación de debut en lo que se entiende por *la historia*; la pertenencia de un número considerable de las víctimas a las clases medias y a las instituciones de educación superior.

No se suprimen en los recuerdos de la primera etapa los agravios de los participantes: sus muertes (no pocas), sus presos (en la cárcel de Lecumberri casi setenta), las evidencias de la justicia triturada, los regaños de los rufia-

nes en el Congreso de la Unión, en la prensa y los medios electrónicos. No extrañan la desesperanza o la desesperación. Unos cuantos, los más afectados en sus ideales o los más violentos, tres o cuatro años después eligen la vía armada, entonces muy presente en América Latina con su año del Guerrillero Heroico en Cuba, y sus guerrillas en cada país. Animados por las resonancias del Che Guevara y, en México, por el asalto trágico de unos cuantos al cuartel de Ciudad Madera (23 de septiembre de 1965), brota el sector muy minoritario de los convencidos de que nada se gana “por las buenas”, integran la Liga 23 de septiembre, Los Lacandones, el Movimiento de Acción Revolucionaria, etcétera.

Con dolor y con ira, estos jóvenes asumen la teoría del “foquismo” revolucionario, que va de las intuiciones del Che Guevara a la teorización de Régis Debray, el foco que ilumina la voluntad radical, algo ya expresado en la frase de Mao: “Una sola chispa puede incendiar una pradera”. Es dramática la suerte de estos radicales: muere en enfrentamientos donde siempre llevan las de perder, matan policías y secuestrados (el empresario Aranguren de Guadalajara), se enteran muy tarde de la infiltración

policíaca en sus organizaciones, sufren torturas demoleadoras, se les mata a golpes en los separos o se les tira al mar desde helicópteros, se dividen entre pleitos a veces literalmente mortales, pasan años en la cárcel, enjuician sin piedad a los “desertores” o “traidores” y, lo más lamentable, se “militarizan” y abandonan su generosidad inicial, pero esto viene más tarde, cuando han desaparecido los líderes y los militantes de la primera generación de la guerrilla urbana, ex seminaristas, profesionistas obsesionados con el desquite, estudiantes de economía, ciencias políticas, antropología, filosofía, medicina, profesores normalistas, muchos de ellos miembros del Partido Comunista o de la Juventud Comunista hartos de la fatiga de las asambleas estudiantiles y las reuniones de célula o de grupúsculo hasta muy altas horas de la madrugada.

¡Ah, el marxismo! La frase de Marx se repite en los cubículos de estudio, en los casi siempre aburridísimos seminarios: “Nuestra doctrina no es un dogma sino una guía para la acción”. Los libros del canon del materialismo histórico se revisan y, a veces, se leen: *El manifiesto comunista*, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, *¿Qué hacer?* y *El Estado y la revolución?* de Lenin; ya han hojeado a Gramsci y al peruano José Carlos Mariátegui, y lo ignoran todo del arsenal ideológico de los bolcheviques “de hierro”: *Así se templó el acero* de Fadaiev, *Poema pedagógico* y *Banderas sobre las torres* de Makarenko, *El Don apacible* de Choloiov, *Cómo ser un buen comunista* de Liu Sha Shi (que no debió serlo tanto porque Mao lo eliminó), *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* de Lenin. Pero estos clásicos de la formación de hombres de acero no son parte de la herencia del 68, un movimiento de la izquierda no ligado al pensamiento socialista o al espíritu comunista, entre otras cosas porque su liderazgo no dispone de las horas necesarias para —llamémosle así— “el entrenamiento dialéctico”.

En el 68, y eso determina a una fracción de la minoría combativa de los años siguientes, la entrega a la causa posee un fondo o un trasfondo *romántico*, de entrega apasionada sin medir las consecuencias, de promesas sinceras de dar la vida por la revolución y por el pueblo. Al cabo de estas llamaradas, otros grupos, púberes y adolescentes en 1968, adoptan la actitud “militarista” cifrada en el culto a la violencia, “parte de la historia”. Ya se volverá a los ideales cuando se tome el poder.

Son terribles los días siguientes al 2 de octubre. La represión no admite respuestas, la inclemencia del Estado aplasta al Consejo Nacional de Huelga y sus aliados, los presos políticos apenas disponen de unos cuantos defensores, los medios informativos no admiten protestas, los jueces y los agentes del Ministerio Público están a la disposición del Poder Ejecutivo, a los diputados y senadores

los alborozos el aplastamiento de los disidentes y, en la inauguración de los juegos olímpicos el 12 de octubre, jóvenes de la clase media alta y de la burguesía recorren la ciudad en sus caravanas de automóviles, absortos en la algarabía de los claxons y en la consigna más utópica que chovinista: el grito de ¡MÉ-XI-CO! ¡MÉ-XI-CO! El Movimiento Estudiantil no creyó en sus propias advertencias y no vio en Díaz Ordaz al enemigo al frente de un Poder Judicial envilecido y un Congreso de la Unión que el 1 de septiembre de 1969, de pie, aplaude largamente al Presidente cuando éste, muy ufano, se proclama “el único responsable de los sucesos del año pasado”.

EL PODER REPRESOR VIVE Y LA VIDA COTIDIANA SIGUE

¿Qué más? La vida sigue, hay que terminar las carreras, conseguir empleo, hacer a un lado las “ilusiones de juventud”, convertirse en lo que no se quería ser, aceptar que no se da para más. ¿Dónde quedan los razonamientos morales y a quién le importan a la hora de la vida en sociedad? Si algo, el Movimiento del 68, como antes las movilizaciones sindicales de 1958-1959, intenta, con acciones y demandas y sin demasiados alegatos teóricos, es reintroducir o desplegar los asuntos de la conciencia en la vida política y profesional, pero a esto se oponen los requisitos de la sobrevivencia, las formaciones del cinismo, el control enorme de los espacios laborales. El mensaje se repite: “Olvídense de reparar la injusticia”. En una frase: (“La Revolución es la Revolución”), Luis Cabrera halló la síntesis suprema de los poderes del movimiento armado, que por necesidad crea sus propias leyes; de manera similar, el capitalismo salvaje entrega sin necesidad de palabras su apotegma: “la impunidad es la impunidad”, apotegma que santifica la ilegalidad, el castigo de los inocentes, y la burla a los amagos de la opinión pública.

Al llegar a la Presidencia el ex Secretario de Gobernación Luis Echeverría está al tanto: la fuerza del 68 radicó en su poder de impregnación y en los actos de valor que inspira. En dos actos de su campaña, uno en Morelia y otro en Mexicali, los jóvenes le exigen un minuto de silencio por los caídos en Tlatelolco. Accede, así incluya en sus segundos de mudez a los soldados muertos y aunque esto enfurezca a Díaz Ordaz. Pero Echeverría no tiene otra, si los estudiantes no consiguen modificar la vida política, la matanza del 2 de octubre es el hecho que no se cierra. Y el 10 de junio de 1971 la agresión a una marcha del grupo de choque organizado desde el Departamento Central, los Halcones, reconstruye de inmediato el 68. Y en los días siguientes la cólera ciudadana ante los casi cuarenta muertos y los muchos heridos, exhibe la fantasía de suponer extin-



guida la disidencia. Echeverría monta una pésima “obra de teatro”, cesa al regente de la ciudad Alfonso Martínez Domínguez y comienza a ufanarse de su “apertura democrática”. Los militantes rechazan la farsa, pero un buen número de intelectuales y el conjunto de las clases medias les toman la palabra al represor “arrepentido” (No lo está).

El gobierno de Luis Echeverría necesita hacer las paces con las clases medias ilustradas (así se les dice). Derrama dinero en las universidades de provincia, busca atraer a jóvenes cercanos a la generación del 68, empieza a hablar del Tercer Mundo. Los profesionistas, en especial economistas y politólogos, aceptan su llamado al cambio (exclusivamente verbal), porque el Estado es todavía el primer empleador y el PRI no maneja los espacios públicos disponibles. Mientras, a espaldas de la opinión pública, el régimen instala la “guerra sucia” contra la guerrilla campesina y la urbana, y diezma a los pueblos de la Sierra de Guerrero. Soldados y agentes judiciales prodigan torturas, mutilaciones, “desapariciones” (asesinatos), todo a nombre de la grandeza del Estado. Si los guerrilleros no se eximen de actos atroces (secuestros, torturas, asesinatos), la responsabilidad mayor es del Estado, defensor oficial de los derechos humanos.

La guerrilla urbana es audaz, asalta comercios y almacenes, mata policías y secuestra personajes importantes: por ejemplo, José Guadalupe Zuno, el suegro de Echeverría y

empresarios y funcionarios. En un intento de secuestro asesinan en Monterrey a Eugenio Garza Sada, patrono del Tecnológico y, de seguro, la gran figura del empresariado de la ciudad. En el entierro de Garza Sada, a nombre del Grupo Monterrey, un empresario menor, Ricardo Magaín Zozaya, insulta al presidente Echeverría, allí presente, y lo acusa de incitar el terrorismo con su prédica tercermundista. Y en 1974, al pretender inaugurar los cursos en Ciudad Universitaria, Echeverría sufre el rechazo de los estudiantes que le recuerdan Tlatelolco y su trayectoria represiva. Patético, Echeverría los llama “jóvenes fascistas”, pero la ausencia de autoridad moral pulveriza sus acusaciones y él sale corriendo del auditorio de Medicina. Pero todavía el gobierno no se convence de lo obvio: es el gran empleador pero ya nunca más el ideólogo de la nación.

Al mismo tiempo, desde un radicalismo pacífico, aparecen los grupos pronto integrados al concepto y a las realidades de la *sociedad civil*: organizadores de las colonias populares, ecologistas, feministas, comunidades eclesiales de base, teatristas, cantantes de protestas, grupos lésbico-gay. Del 68, extraen la oposición al autoritarismo, y ven, en el Movimiento, diciéndolo o no, la tradición de los reprimidos por la gana de no dejarse. Quieren quebrantar la tradición del individualismo a ultranza y ser parte de la nueva conciencia colectiva, lo que se verifica por ejemplo en la organización de las colonias populares en

la década de 1970, con jóvenes alertados por un 68 que no vivieron. En sentido literal y al principio sin demagogia, quieren cambiar a México. En su comportamiento el espíritu del 68 “resiste a la injusticia”.

“Y SI SE LES REPRIME ES PARA QUE ENTIENDAN POR LAS BUENAS”

Todavía en 1968 lo usual en México es considerar “subversiva” la protesta, de acuerdo al sedimento anticomunista de la población, y al deseo malamente definido pero muy determinante de estabilidad y paz social. Hasta entonces, las manifestaciones de la izquierda política y el sindicalismo independiente se han calificado de “sórdidas y marginales”, y casi nadie se indigna cuando se les agrede “por el bien de las instituciones”. Uno tras otro, los movimientos populares, por más energía y apoyos que obtengan, padecen el desgaste, el acoso y la nulificación de sus demandas. Resulta habitual la asimilación (cooptación, se dice) de muchísimos de sus dirigentes, pronto incorporados al Sistema (siempre con mayúsculas) y, en las consideraciones del cinismo, “insubordinarse” es un gesto de la edad juvenil, que si se prolonga culmina en frustraciones, y que si se cancela produce un ascenso político y / o burocrático condenado por la renuncia explícita a los ideales.

A la Generación del 68 la despolitización le llega pronto vía la amenaza de la pérdida del empleo. El idealismo está bien hasta cierta edad, y sin desprenderse del modo de vida convencional. En la misma lógica, la radicalización en la juventud sirve como entrenamiento en los distintos niveles de poder, pero hasta allí. “Apasíonate cuando chavo y luego deja fluir la sensatez, el aprendizaje de la filosofía de la vida: Pasados los treinta años, el sinónimo de madurez es un buen empleo. Es imposible enfrentar al régimen porque lo único seguro es la derrota, al especializarse la historia de México en visiones de los vencidos con todo y moraleja: “Ni te muevas porque te tuenan”. Según consenso, la resistencia es la vasta pira de nobles sentimientos que a los disidentes les reserva su porción de golpizas, cárceles, muertes violentas, extinción de las alternativas sindicales. Se alega: “La izquierda *provoca* al gobierno”, pero más bien a los que no se someten se les llama “provocadores”.

Por años, a la protesta popular la distinguen su carácter efímero, su desorganización (con muy severas querellas internas), su fatalismo ante las circunstancias de opresión, su fracaso ante las tácticas del gobierno que nunca concede “bajo presión”, por estar convencido del único destino

de sus oponentes: el desgaste. A esa protesta se añaden, las que se califican a sí mismas de “Generación del 68”, un término que se extiende al punto de que uno imagina marchas de un millón de personas. Se van esparciendo las protestas rituales contra la carestía de la vida, la corrupción escandalosa de funcionarios y empresarios, los robos de tierras a los campesinos pobres, los asesinatos de los líderes agrarios que rechazan los sobornos. El derrotismo cunde de antemano: “¿Quiénes somos para enfrentarnos al poder central y los caciques? ¿Qué no nos bastó con las lecciones amargas del 68? ¿Qué se logra ante un Poder Judicial y un Poder Legislativo serviles y corruptos y con mayoría absoluta priista? ¿Cómo hacer que la sociedad o el pueblo o la gente se enteren de nuestras demandas si los intermediarios, los medios informativos nos calumnian y califican a nuestra protesta de *subversiva*?”. Aquí están los hechos: la pobreza, la miseria, la rapacidad del capitalismo salvaje, los asesinatos políticos, la prisión a los opositores, los despidos injustos, el aplastamiento de las huelgas... Y sin embargo, no hay modo de adelantar el combate a la desigualdad... Y un resultado del desánimo es la aceptación del estado de cosas.

LAS ALTERNATIVAS CULTURALES Y SU CONQUISTA DEL ESPACIO PÚBLICO

Una consecuencia muy positiva del 68 es el fin de los intentos oficiales de regir la vida cultural a través de la censura, del hecho monopólico (el Estado era el primer y casi único patrocinador de la vida cultural), de la debilidad de los esfuerzos independientes. Después de 1968 aunque el Estado sigue siendo un gran impulsor de la vida cultural, ya no es el único y la censura pierde fuerza en el cine y el teatro, aunque la conserva en la televisión y en una parte medular de la prensa. En la década de 1970 se impone el *rock* (el festival de Avándaro, los grupos independientes, el impulso de la música como motivadora de nuevas formas de vida), y se multiplican el teatro independiente, las comunas de *hippies* o *jipitecas*, la contracultura en suma. Y lo principal es la convicción dominante: al Estado no le toca regir los procesos culturales sino, por obligación, sostener su desarrollo. Ya a fines de la década de 1970, en lo básico, la censura que se ha conocido nada más continúa en la televisión y en una parte de la provincia.

1985: LOS ESTREMECIMIENTOS DEL CAMBIO

El 19 y el 20 de septiembre de 1985 dos terremotos en la Ciudad de México arrojan un costo de cerca de veinte mil muertos. El 20 de septiembre, día del segundo sismo, se vuelve súbitamente creíble (compartible) la idea de *sociedad civil*. A lo largo de unos días, ante la ineficacia

notable del gobierno de Miguel de la Madrid, paralizado por la tragedia o por su ineptitud, ustedes elijan, la comunidad capitalina, un minuto antes ignorante de su propia existencia, se organiza con prontitud y destreza, y en una semana cerca de un millón de personas participan en la creación de albergues, el aprovisionamiento de víveres y de ropa, el rescate de muertos y de atrapados entre los escombros, la organización del tránsito, la demolición de edificios dañados, etcétera. A los voluntarios los anima, de modo literal, su pertenencia a la *sociedad civil*, y esta voluntad de autonomía es su crítica interminable al régimen y su incapacidad para atender a víctimas y damnificados. De modo inaugural, la protesta popular actúa organizadamente en la solución de problemas.

Ha llegado el tiempo de la sociedad civil y el término sintetiza el hartazgo ante las grandes torpezas y corruptelas de los gobernantes, y también anuncia el fin de los espectadores pasivos. A cientos de miles les estimulan las nuevas formas de relación entre el gobierno y la sociedad civil, y entre cada uno de ellos y los deberes ciudadanos, que de tan pospuestos hacían del *civismo* una sucursal de los recuerdos escolares. Sin esta reacción no se entienden las movilizaciones de septiembre y octubre de 1985. Y en un número significativo de estos voluntarios se deja ver la pertenencia o la admiración por “el espíritu del 68”.

* * *

A lo largo del Movimiento del 68 no se menciona siquiera a la sociedad civil, expresión entonces ni constante ni entendible, y lo que se demanda es el castigo a los autores de la represión, lo que, traducido al idioma actual, sería la defensa y el reconocimiento de los derechos humanos. En 1985 el concepto se impone sin debates previos, sin precisiones de Antonio Gramsci, bajo el anhelo único de espacios de autonomía política y social. Como es previsible, dura poco la pretensión de un “cogobierno” cuya parte civil se apresta a salvar vidas y restaurar o instaurar el orden urbano. Ésta es la gran novedad política y civil de 1985; la colectividad que descubre su propia existencia, una idea difusa a la que ponen de relieve los cientos de miles que se consideran sus representantes.

En un acto de “teoría inesperada”, el presidente Miguel de la Madrid se opone al uso “irresponsable” del término, y sentencia: “La sociedad civil es parte del Estado”. ¿A quiénes lanza esta rectificación? No a los alumnos de la Facultad de Leyes, ni a los que podrían ver en la televisión el pizarrón del aula, sino, francamente, a nadie. El ímpetu de la sociedad civil no se detiene en una puntualización de fin de semestre. Por su lado, y tardíamente, el gobierno del Distrito Federal, con el regente Ramón Aguirre, y el PRI, con su acarreo de “voluntades”, califican a la sociedad civil de parte del Estado. Y la táctica inusual es: compra de líderes, regalos y dádivas. Todo lo

que anula la experiencia de cientos de miles, obstinados en diversas medidas en hacerse cargo de sus destinos. En última instancia, el concepto de *sociedad civil* rehabilita o le da forma a las experiencias y lecciones del 68.

DE LA ESPERANZA COMO VOLANTES
Y SUCESIÓN DE PINTAS...

¿Qué queda para entonces de las esperanzas y las frustraciones del 68? Las marchas del 2 de octubre son rituales aunque, cómo evitarlo, disminuyen la información de los participantes sobre el Movimiento; los aniversarios luctuosos de Gustavo Díaz Ordaz se envuelven en la bruma en donde, invariablemente, su Jefe del Estado Mayor lo defiende contra “los enemigos de México”; aumentan los documentos y los documentales... El 68 es ya en la década de 1980 un hecho definitorio del México del siglo XX, y la noción de los derechos humanos resulta primordial en la actuación de los sectores de izquierda. Allí se traslada la herencia del 68, ya también expresada en batallas culturales y luchas políticas.

Al cabo de todo, el 68 se aísla como movimiento y fenómeno político, cultural y moral, algo que en sí mismo se explica y cuyas mayores y mejores consecuencias ocurren en el gran cambio de mentalidad que auspicia en sus participantes.

* * *

Desde 1985, se levantan objeciones, algunas muy meditadas, al súbito fervor civilista. Unas son teóricas (“Se equivocaron en el uso del concepto gramsciano”); hay reparos más bien pragmáticos (¿quién cree posible independizarse del Estado?), y cunden meras fórmulas cortesanías. “¿Para qué la sociedad civil si el gobierno es la única solución viable?”. Se critica a los que, exaltándola, conciben a una sociedad civil contestataria, antiautoritaria por excelencia, progresista (con la carga antigua del término). Y se argumenta, ¿no es también *sociedad civil* la surgida de la derecha, y sus grupúsculos ultra como Pro-Vida, la Unión Nacional de Padres de Familia, etcétera? El término, se arguye, se oscurece si sí se le abandona en el campo de los buenos deseos, el de ahora no es un tiempo de utopías sino de luchas por reformas específicas. Desde el gobierno, y con algarabía, se resucita al *pragmatismo*, fórmula antes peyorativa. El presidente Adolfo López Mateos (1958-1964) exclamó: “A mi izquierda y a mi derecha está el abismo”, y el presidente De la Madrid podría decir: “Fuera del Estado sólo hay vacío conceptual y desacato administrativo”. Y en unos cuantos meses, luego de las intervenciones clientelares del aparato oficial, parece asimilado por entero el espíritu del 19 de septiembre de 1985, como se cree diluido fantasmal el del 68.

“YA LLEGÓ / YA ESTÁ AQUÍ, / EL QUE VA A CHINGAR AL PRI”

Desde fines de 1987 la Corriente Democrática del PRI (Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y no muchos más) se propone enmendar las reglas de juego de la sucesión presidencial. No más “Tapado”, no más el arbitrio de una sola persona que decide por todos. La respuesta a la Corriente Democrática es tajante: el presidente del PRI Jorge de la Vega la llama “Caballo de Troya” en su quizás única incursión en la mitología homérica; los medios informativos los insultan y difaman, la izquierda política mira con desconfianza al “nacionalismo revolucionario”. Una tarde, cerca de doscientos integrantes de la Corriente dan vueltas alrededor de la plancha del Zócalo ante la indiferencia y los chistes.

El candidato del PRI es Carlos Salinas de Gortari y el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y su muy reducido grupo deciden lanzarse, aceptan el desafío, usan el membrete de un partidito y, contra todo pronóstico, ven crecer la campaña. Los primeros en incorporarse son los desencantados de la izquierda que renuevan su convicción, los agraristas y sus hijos y nietos, la gente de La Laguna y del valle de Mexicali, los comunistas desplazados por la burocracia del partido, un sector de los participantes del 68, convencidos de hallarse ante la oportunidad de rehacer sus esperanzas, los jóvenes hartos del PRI y de su falta de ideas e ideales, las mujeres que experimentan el ánimo que ya las incluye... En el país entero, Cuauhtémoc Cárdenas es la gran figura instantánea; sí, es hijo del general y trae consigo un nombre mítico, pero lo fundamental es que representa la entrada a ese paraíso inexistente, la democracia. Junto con otras corrientes, pero de modo principalísimo, el 68 (el espíritu, la exigencia de justicia, la reanudación del sueño utópico) forma parte del “neocardenismo”.

El 6 de julio de 1988 el magno fraude electoral, que veinte años después nadie niega, parece demoler las ilusiones. Entra en acción Carlos Salinas de Gortari con su afán de gobierno omnímodo y sus métodos para atraer o comprar a sus opositores y persuadirlos de lo inútil de su lucha. (A los que no se persuaden les tocan los otros métodos: en el sexenio de Salinas son asesinados cuatrocientos o quinientos miembros del Partido de la Revolución Democrática). Otra vez, el régimen quiere exhibir su poderío ilimitado y las concesiones a que está dispuesto: para la Iglesia católica la reforma del Artículo 130 constitucional; para los empresarios la privatización a ultranza; para los partidarios de emociones fuertes la promesa *formal*: el primero de enero del año 2000 México entrará al Primer Mundo; para los ansiosos de abandonar el hoyo del subdesarrollo el Tratado de Libre Comercio que entra en vigencia el primero de enero de 1994.

Hábil, inescrupuloso, Carlos Salinas de Gortari se obstina en imponer la ortodoxia del neoliberalismo y, nada

lo halaga tanto como enterarse de las frustraciones de sus adversarios. De 1989 a finales de 1993, Carlos Salinas de Gortari cree encarnar puntualmente el Estado y se afana en arrebatarle iniciativas y espacios a la sociedad civil y una de sus tácticas, presentada con toda seriedad, es ofrecer parodias del espíritu del 68 remojado con la memoria de 1985. Y el Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, un proyecto donde el mesianismo es el emblema de la manipulación, y donde, además de los homenajes a Salinas, se intenta desvanecer el descontento popular.

En la empresa de asimilar a los influidos por el 68, Echegaray a través de los Comités de Solidaridad rivaliza en la práctica de las presidencias municipales. El propósito manifiesto: hacer de la sociedad civil un apéndice servil del gobierno, sin costo alguno. Las comunidades trabajan en beneficio de la administración: banquetas, tuberías, calles pavimentadas, cables eléctricos, construcción y remodelación de escuelas, pequeños caminos, puentes, reparación de casas y edificios gubernamentales. Todo gratis. A cambio, algunos créditos. Y el autor de todo, el único facultado para recibir el fervor del pueblo, es el presidente Salinas, eufórico siempre. Así, el 10 de septiembre de 1992, en el Auditorio Nacional, se enfrenta a los críticos:

¡Que agarren la pala con los compañeros para abrir la cepa! ¡Que carguen los postes de luz como hacen las compañeras! ¡Que lleven la comida como los niños que colaboran para arreglar la escuela! ¡Que critiquen pero que trabajen! ¡Que trabajen en Solidaridad!



© Anwariz/E/1304

¿Hay aquí un anuncio de campos de trabajo forzado? Nunca lo sabremos, porque Salinas no se reelige. En su desmesura, pretende “la nueva relación Estado-pueblo”, y en su Segundo Informe Presidencial exhibe sus lecturas de *Corazón, diario de un niño* de Edmundo D’Amicis: “Contemplan el brillo en los ojos de un niño que ya no necesitará de una vela para alumbrar el libro en el que estudia”. Y Salinas es también vidente: “Solidaridad se convertirá en una memoria histórica de la mejor epopeya del pueblo mexicano”.

LAS “METAMORFOSIS” DE LA HERENCIA DEL 68

¿En qué consiste la Gran Epopeya? Para Salinas, un ansioso de licuar el pasado histórico en pos de la multiplicación de su estatua, la epopeya reside en la abolición de toda autonomía, mientras se acentúan el deterioro salarial, el subempleo, el desempleo, la marginación indígena. Sin inmutarse, Salinas repite la frase que, a su juicio, ilumina su paso por la Presidencia: “Nadie podrá decir, de ahora en adelante, que hay un solo mexicano olvidado en México”. Y el gobernador del Estado de México, Ignacio Pichardo, le envía una carta al dirigente estatal del PRI: “El Señor Presidente sugiere utilizar frases como ‘Solidaridad trajo la luz a Chimalhuacán’”. Salinas, el taumaturgo.

Para disolver las protestas en las comunidades, Salinas recurre a los izquierdistas en retiro, adolescentes en 1968, y cientos de ellos ingresan a Pronasol, bajo una consigna: “Hacemos lo mismo que cuando estábamos en el Partido Comunista o en los grupúsculos y ahora sí somos capaces de incidir en la realidad”. Felices con la “Ideología Recuperada”, los ex izquierdistas se concentran —asegura Julio Moguel— en la “población objetivo” de Pronasol: colonos populares y campesinos pobres y medios, los sectores donde la izquierda social es determinante. Se quiere substituir el lenguaje contestatario y hablar de “democracia directa, organización no corporativa, coordinación horizontal, formación de coordinadoras, política de masas”. Uno de los líderes alcanza el ensueño: “Pronasol es la estrategia del socialismo mexicano”. Y la demagogia se resguarda tras las cifras de la catástrofe: en México hay 40.3 millones de pobres y 17.3 millones de extremadamente pobres... (Cifras de 1990).

Pronasol explica en gran medida el postergamiento de la protesta popular. A la retórica “izquierdista” desde el gobierno la complementa la publicidad a raudales, comerciales televisivos donde una pareja distingue sus facciones al cabo de cuarenta años de casados, porque antes él partía al trabajo en la madrugada y volvía en la noche y, ¡por fin!, Pronasol trajo la luz al pueblo, o un anciano llora porque le han construido un camino, o unos niños brincan de alegría porque al construirse un puente llegan sin riesgos a la escuela y no se enlodan sus zapatos. Y sin

embargo, en los documentos de Pronasol se filtra la verdad: se aportan más recursos a la construcción de cárceles que a las obras de drenaje o alcantarillado, y el tipo de inversiones “se aleja de las necesidades más inmediatas y urgentes de las comunidades y grupos más pobres”. (Datos en el excelente reportaje de Arturo Cano. “Solidaridad es Salinas” en *Salinas a juicio*, Editorial Planeta, 1995).

Y la represión continúa. Tal vez por los asesinatos de perredistas, lo cierto es que no se producen movilizaciones de protesta significativas. Y la miseria se extrema. De acuerdo a un estudio de 1992 del Consejo Consultivo de Pronasol el 60 por ciento de los mexicanos no satisfacían los mínimos nutricionales. Y en 1994 mueren de hambre cuarenta niños tarahumaras. Hay escándalo moral, y Salinas respondió con su autoelogio habitual: “Lo que ocurrió es que ahí (en la Sierra Tarahumara) enfrentamos un problema de una dimensión histórica que nos mostró la necesidad de redoblar el esfuerzo a favor de los tarahumaras”. Él nunca desmiente su “Nadie podrá decir, de ahora en adelante, que hay un solo mexicano olvidado en México”. Sólo indica que no se les recordó lo suficiente. Y por eso se abultan las cifras de Pronasol: 250 mil comités (tal vez sean 50 mil); un millón de becas en escuela primaria, erradicación de la pobreza: a cada mexicano pobre, le tocan de Solidaridad 34 centavos diarios (en 1998 equivalen a dos centavos de dólar). Las promesas de Salinas se extienden: “Nos aseguraremos de que ningún niño abandone su educación primaria porque sus padres no lo puedan sostener”. En 1994 la deserción escolar se intensifica y casi alcanza el 80 por ciento en algunas zonas del país.

Algo del trabajo de Pronasol resulta útil, pero dominan la manipulación electoral, el despilfarro y el culto a la personalidad de Salinas. Los integrantes y beneficiarios de Pronasol reciben lecciones: todo impulso comunitario viene del gobierno y a su apoyo se dirige; no hay por qué creer en la autonomía comunitaria si existe la única persona que sabe resolver los problemas, la sociedad civil es el sector inconfesado del PRI. De acuerdo al criterio gubernamental, Pronasol es toda la sociedad civil que se requiere. Mas, es incitar a la subversión. Salinas negocia con la derecha, reprime con estrépito a la izquierda, somete al PRI hasta la abyección, y desprecia a la sociedad civil. Y el 68 queda muy a la distancia, un recuento generacional sin influencia visible en las visiones éticas.

LOS DERECHOS HUMANOS

Durante una larga etapa, la protesta depende centralmente de la mezcla de combate al autoritarismo y reivindicación de los derechos humanos. En lo más intenso del Movimiento Estudiantil del 68, aunque son la causa primordial, la expresión *derechos humanos* no se usa y, bien a bien ni siquiera se concibe. Treinta años más tarde, hay



en el país más de cuatrocientos grupos de derechos humanos. Si aún se está lejos de lo satisfactorio, es enorme lo obtenido en términos comparativos y en términos absolutos. Se inicia la educación jurídica de las sociedades y se modifica a fondo la idea que de sí misma tiene la sociedad. Con muy escasos recursos a su disposición, grupos y sectores combaten la tortura policiaca, el despojo gubernamental y empresarial de tierras y bienes, la violencia intrafamiliar, las violaciones, los despidos sin justificación, las agresiones a causa de la orientación sexual, el ecocidio, los ataques al patrimonio. Se acrecienta el número de quejosos y denunciantes en las comisiones de derechos humanos, pero aún son mayoría los que no denuncian por temor a las consecuencias, y hay a quienes convence la campaña de la derecha, califica a los activistas de derechos humanos de “promotores de la delincuencia”. Y la derecha, con el cardenal de Guadalajara Juan Sandoval Íñiguez en primer plano, insiste: las comisiones de derechos humanos no protegen los derechos del detenido, sino los del delincuente. Y en regiones como Chiapas y Guerrero, los defensores de los derechos humanos son los enemigos acérrimos de los gobiernos. Lo son por que erigen barreras contra la impunidad que se creía inatacable, y veía con la ausencia de grupos y comisiones de derechos humanos la garantía de sus represiones. Pero ante la presión nacional e internacional, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari crea en 1992 la Comisión Nacional de Derechos Humanos, y más tarde las Comisiones regionales.

Desde 1994 los cambios son extraordinarios. Anoto algunas de las causas. Para empezar, hay consecuencias positivas de la globalización. Es grande la resonancia de organizaciones internacionales (Amnesty, America's Watch, etcétera), por más que los gobiernos las desconozcan y quieran desprestigiarlas. También, las Comisiones se concentran en las denuncias de: casos de tortura, acusaciones injustas, procesos judiciales eternizados, asesinatos, despojos, con los cuerpos policiacos en primer plano. Aunque jamás de modo explícito, los gobiernos aceptan que en el caso de la extrema pobreza los derechos económicos son parte esencial de los derechos humanos. Pero esto no dispone de consecuencias jurídicas.

Hay zonas de catástrofe. Las cárceles, desde luego, con su explosión demográfica de motines a causa de los tratos brutales y la explotación económica. No suele hacerse caso a las denuncias y los defendidos por los activistas de derechos humanos padecen represalias. A los medios informativos sólo les interesa lo ocurrido en las cárceles si el escándalo es cuantioso. Y no hay escándalo en lo tocante al trato de enfermos de SIDA y seropositivos. Sin embargo, el avance es notorio. Ya no se ridiculiza a las organizaciones, ni funciona calificarlas de “subversivas”. Y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal produce documentos de importancia como el que comienza con la aclaración: “Ser homosexual, lesbiana, bisexual, transexual o transgénero no constituye delito alguno”.

¿Es esto el resultado de la sociedad civil? En gran medida sí, aunque la resistencia no se sostenga o sea sobre todo por escrito. Al agravarse la violencia, al masificarse la impunidad policiaca, las torturas, las tarifas que califican económicamente los delitos y deciden que los pobres son los culpables, los derechos humanos se vuelven una de las causas irremplazables de la protesta popular. Y como nunca, las violaciones a los derechos humanos se convierten en causa de la caída (a gotas) de funcionarios y la reestructuración (por lo visto infinita) de los cuerpos policiacos. En 1998, luego de varios años en que el estado de Morelos ostentó un récord en materia de secuestros, al comprobarse que el jefe policiaco de antisequestros es uno de los principales responsables de estos crímenes, caen los responsables de la seguridad pública y el gobernador. Antes, esto no habría sido motivo a considerar.

El mayor problema de los defensores de los derechos humanos es la tradición victoriosa de la impunidad, el método probado de retención del poder. El 22 de diciembre de 1997 la matanza de Acteal, un paraje de Chiapas, es el caso paradigmático. En Acteal celebran tres días de ayuno en contra de la violencia, los miembros de una comunidad, Las Abejas, no zapatista, vinculada a la diócesis de San Cristóbal y al obispo Samuel Ruiz, y expulsados meses antes de su pueblo por los priistas vinculados con uno de los grupos paramilitares (contrainsurgentes) de la zona. Al final del ayuno, deciden seguir allí, cerca de una imagen de la Virgen María, confiados en la protección divina. Al llegar los paramilitares, algunos huyen y otros se quedan

rezando. La matanza se prolonga cerca de cuatro horas, y mueren cuarenta y cinco hombres, mujeres (algunas embarazadas) y niños. El militar al mando de las fuerzas de seguridad de Chiapas, a escasa distancia de Acteal, decide retirarse “porque las cosas están muy feas”. El gobierno de Chiapas procede con lentitud y mala fe. Se detiene a varios de los agresores, y a otros ajenos a los crímenes; se niega enfáticamente la existencia de grupos paramilitares, y se procede a destruir las organizaciones autónomas.

La respuesta a los asesinatos de Acteal es nacional e internacional. En la Ciudad de México se efectúa una extraordinaria marcha de protesta. Muy diversas organizaciones envían a Acteal víveres, ropa, dinero, juguetes. Hay caravanas estudiantiles y de jóvenes profesionistas que proveen de asistencia médica y jurídica. El gobierno acusa a quienes reclaman de “subversivos”, y expulsa a los extranjeros que van en misiones de ayuda por “entrometerse en la política de México”.

No se investiga a ninguno de los funcionarios del gobierno de Chiapas probablemente involucrados en la matanza. Y las Organizaciones No Gubernamentales insisten: un número importante de los detenidos no participó en Acteal y están presos por prejuicios religiosos y el desaseo considerable de los procesos judiciales. Con todo, la respuesta a Acteal prueba la profundidad de los sentimientos solidarios y cómo los derechos humanos son parte de una lucha múltiple donde hay también herencias del 68, no las únicas desde luego pero tampoco las menos advertibles.



© AERONAVE/AVIA